

de bastante talento natural, de una alma generosa y un parecer humilde, habiendo tenido la satisfacción de ser representado en la Junta de Zitácuaro, mereciendo tambien que el Sr. D. Carlos María Bustamante dijera de él en su "Cuadro Histórico", que bajo un traje humilde ocultaba los tamaños de un general y la magnanimidad de un príncipe.

No contentos los realistas con tan sanguinaria y bárbara ejecucion, arrasaron su casa en S. Pedro Piedra Gorda y cubrieron de sal su superficie, como queriendo impedir que fructificara la semilla de libertad que aquel gran ciudadano habia sembrado con su espada y regado con su sangre. No obstante eso, diez años despues ya habia fructificado.

Así se despedazó el cuerpo de aquel valiente, que nunca manchó sus laureles con la sangre de los vencidos! De tal modo se trató de traidor al que daba su vida por su patria! Así al sacrificio se añadía la burla; pero hoy en el libro de la Historia no se lee tal inscripcion sarcástica, sino otra bien diversa: "*Antonio Torres, generoso y valiente mártir de la independencia mexicana, benemérito de la patria.*"

II.

D. JOSE M. MERCADO.

"Rota la terrible espada,
Por mil heridas sangrando,
Adelántose furioso
A orillas de hondo barranco,
Y maldiciendo iracundo
A traidores y á tiranos,
Al fondo de la honda sima
Precipitó su caballo,
Donde los de Cruz le vieron
Hecho sangrientos pedazos."

Sucede siempre que en las largas guerras en que se combate por la libertad de los pueblos, sucumben millares de víctimas, que, al alcanzar la palma del martirio, no obtienen sin embargo, el lauro de la gloria. Sus nombres permanecen en el olvido, y sus proezas y sacrificios, quedando igualmente ignorados y cubiertos por el indiferentismo más punible, no pasan á la posteridad, concluyendo así con su muerte la historia de esos héroes. Después, cuando las más oscuras sombras del tiempo han cubierto esas tumbas sagradas, la patria busca en vano á sus defensores; quiere que sus nombres pasen á la inmortalidad y sus esfuerzos y hazañas sean conocidos del mundo entero; pero es tarde,

porque ya el olvido y la ignorancia han ocultado á esos mártires de la tiranía y de la historia, y entonces sólo consagra á su memoria una gratitud acompañada de confusos recuerdos. Y cuántos de estos héroes ignorados cuenta México en su vida! Cuántos patriotas sacrificados sin que noticia alguna se tenga de sus esfuerzos infructuosos! Y cuántos también que habiendo cooperado en primer término á la independencia y libertad de su patria, han obtenido sólo un lugar secundario entre sus libertadores, siendo por tanto, víctimas de la injusticia; aun más allá de la tumba!

Entre esas víctimas inmoladas sin recibir el premio merecido, debe contarse al benemérito Cura D. José M. Mercado, que habiendo prestado á su causa sagrada servicios de la mayor magnitud, sólo se le cuenta entre los que de una manera secundaria sirvieron á la patria en aquellos dias aciagos, hallándose su nombre confundido entre los soldados de la Independencia de segundo orden, cuando debiera estar escrito con letras de oro en la página más brillante de la historia mexicana.

El Sr. D. José M. Mercado nació en el Teul y fué hijo de D. José Mercado, de una familia honrada y acomodada, descubriendo desde su infancia un talento no común, por lo que fué dedicado á la carrera de las letras. Hizo sus estudios en el Seminario de Guadalajara, donde dedicado á la Teo-

logía, concluyó unos brillantes cursos, recibiendo las sagradas órdenes. Habiendo el Sr. Obispo Cabañas establecido en aquel tiempo el Clerical para propagar la enseñanza de la Iglesia, dedicaba para él á los sacerdotes más distinguidos por sus conocimientos y ejemplar conducta, por lo que destinó á Mercado como uno de los más á propósito para ejercer el apostolado.

Cuando estalló la revolución gloriosa de 1810, estaba Mercado de cura en Ahualulco, de cuyo pueblo era Sub-delegado D. Juan José Zea; y teniendo noticia de la toma de Guanajuato por Hidalgo, de la derrota de los realistas en el Monte de las Cruces y de la que sufrieron los de Nueva Galicia en Zacoalco por D. José Antonio Torres, así como de la marcha de este jefe sobre la capital, de la provincia, se decidió á abrazar la causa de la Independencia, conociendo desde luego que por ella se habría de levantar bien pronto el pueblo entero.

Se sublevó contra el gobierno virreinal en Ahualulco á principios de Noviembre de 1810, con el Sub-delegado Zea. El pronunciamiento del Cura Mercado causó grande admiración entre sus enemigos, por ser de unas costumbres purísimas, ¡cómo si el abrazar la más noble de las causas, la de la independencia y la libertad de su patria, se opusiera á la virtud! Mercado nunca desmintió la buena opinión en que era tenido, probando así que un jefe insurgente

podía ser, como realmente era, superior á muchos realistas, tanto en su conducta privada, como en inteligencia, por mas que á muchos, y entre ellos á Hidalgo, les fuere negada esta facultad por los realistas, así su naturaleza humana y aun llamándoles EX-HOMBRES.

Inmediatamente se dirigió el nuevo insurgente á Torres, pidiéndole autorización para emprender la campaña de Tepic y San Blas, la que le fué dada con gran placer de aquel patriota.

Desde luego demuestra Mercado su talento al haberse empeñado en hacer esa campaña que tenía la mayor importancia, porque era la única parte de la Nueva Galicia que aun permanecía en poder de los realistas, pues allá se habían refugiado las principales autoridades de Guadalajara, como el Obispo Cabañas, los Oidores Recacho y Alva y muchos españoles; y principalmente porque la revolución ganaría un ciento por ciento con la adquisición de San Blas, en virtud de haber allí multitud de elementos de guerra, de que carecía, y por tener abierta la comunicación con el exterior.

Por esto comprendió que ese puerto era una fuente de recursos de que debía apoderarse inmediatamente, y marchó para allá con menos de seiscientos indios, armados como todos los que componían las huestes revolucionarias, con uno que otro fusil, con flechas, hondas, lanzas y palos.

Llegó á Tepic el 20 de Noviembre y deteniéndose en la loma de la Cruz, sentó sus reales clavando una bandera blanca; mandó en seguida á D. Juan José Zea en unión de otros dos insurgentes á intimar rendición, quienes se dirigieron al Sr. Cura D. Benito Antonio Vélez, por no estar en la plaza los jefes militares, pues el comandante se hallaba en San Blas y el capitán de los veteranos, que era la única tropa que guarnecía la ciudad, había sido llamado á Guadalajara por Abarca. Sin disparar un tiro entró de paz cerca de las ocho de la noche del mismo dia, habiendo recibido las seis piezas de artillería que allí se hallaban y unidoselos veteranos.

Al ocupar aquella plaza pidió á las corporaciones que reconocieran el nuevo orden de cosas, obteniendo de la comunidad de crucíferos la siguiente contestación, notable por la astucia con que estaba redactada, aprovechando tan bien la confusión de ideas políticas que reinaba en la causa independiente en los primeros dias, que lo mismo podía haberse dirigido sin comprometerse en nada, á Hidalgo ó al Virrey Venegas:

“Los Padres Guardian y Súbditos de este Convento de la Santa † contestan al oficio de V. S. diciendo: que abrazan gustosos la defensa de la religion, Patria y Soberano Fernando 7.^o coadyuvando para el efecto con quanto alcanzan sus religiosas facultades.—Somos de V. S. atentos servi-

dores y Capellanes.—Fr. Gervasio Dorado.—Fr. Alonso Galan.—Fr. Josef Segura.—Fr. Isidro Cerezo.—Fr. Joaquin Miranda.—Al Sr. D. José M. Mercado Comandante de las Armas Americanas.”

Una vez dueño de Tepic, permaneció siete dias dedicándose durante ellos á propagar la revolución por aquellos pueblos, insurreccionando toda la sierra y todas las poblaciones de indígenas, por lo cual muy en breve vió aumentarse su indisciplinado ejército hasta cerca de dos mil hombres con los seis cañones de que se había apoderado, con el que se dispuso á atacar á San Blas, punto objetivo de sus operaciones.

Llegó á aquel puerto, del cual era jefe el Capitan de Fragata D. José Lavayen, el dia 28 de Noviembre y le intimó rendición; mas no habiendo recibido respuesta alguna, el 29 le dirigió un *ultimatum*, en el que amenazaba llevar la campaña á sangre y fuego si dentro de la media hora siguiente no salían parlamentarios de paz. Amedrentado Lavayen por tan terminante y valiente intimación, así como por los exajerados informes que de los insurgentes le dieron el Obispo y los Oidores fugitivos, que llenos de temor acababan de embarcarse para Acapulco en el “San Carlos” y el “Activo,” y aunque sin ver las fuerzas asaltantes, creyéndolas numerosísimas, según era fama, mandó de parlamentario al Alferez de Fragata D. Agustín Bocalán,

quien celebró el 29 unos tratados según los cuales entraría el Cura insurgente con sus fuerzas á San Blas dándosele rehenes de que no se le traicionaría mientras se posesionaba de la población; se le entregarían todas las armas de la villa y del castillo, así como los buques que se hallaren en el puerto, y no seguiria perjuicio á ninguno de los capitulados que no fueren reos de traición, debiendo todos los europeos dar fianza mientras se levantaba una información sobre ese particular, pudiendo emigrar de S. Blas á alguna población cercana mediante la caución de algunos criollos honrados y con el pasaporte correspondiente. Dichos tratados fueron aprobados por el jefe realista, por lo que se verificó la entrada el 1^o de Diciembre de 1810 al “puerto más fortificado de la Nueva Galicia,” como decía el comandante Lavayen, suscribiendo los capitulados el siguiente documento:

“Los individuos que en este subscriben, y se denominan para el reconocimiento de las respectivas clases de nuestros Empleos, que estabamos existentes en esta Villa el dia primero del corriente mes, quando por las Armas del Señor General del Exército Americano del Poniente, Don José María Mercado, fué recibida por la Capitulación que con el Señor Comandante del Apostadero el Capitan de Fragata Don José Joaquin de Lavayen, y conforme á lo estipulado, resolvemos salir para Tepic, báxo

de nuestra palabra de honor: juramos á Dios y al Rey, no tomar en lo subcesivo las Armas en contra, ni en favor de las expediciones, que el expresado Señor General continúe haciendo, por las causas que manifiesta, le hán abligado á ellas.—*Cuerpo General de la Armada.* Comandante, D. José Joaquín Lavayen; Alferes de Fragata, D. Mateo Plowes; Idem, D. Agustín Vocalán; Idem, D. Felipe García; Idem, D. José M. Narvaez; Idem graduado, D. Agustín Romero; Primer contramaestre.—*Europeos.*—*Ministerio de Marina.* Comisario de Guerra graduado, D. José García; Oficial 1.º, D. Francisco Ruiz; Contador principal y oficial 2.º, D. José Monzon; Tesorero idem 3.º, D. Francisco de Paula Martínez; Oficial 5.º, D. Marcelo Croquiér.—*Europeos.*—Idem supernumerarios, D. Francisco de Labastida; D. Miguel Gil de Azcona.—*Americanos.*—D. Juan Martínez y Zayas.—*Europeo.*—Idem auxiliar, D. Juan Gil Santibañes.—*Europeo.*—*Capellanes.* D. Agustín Fernández. *Americano.*—*Pilotos.* D. José Inzuela.—*Europeo.*—D. Francisco Cañizares.—*Americano.*—*Cirujanos.* D. Francisco Miguar.—*Europeo.*—D. Manuel Torres y D. Ramon Orozco.—*Americanos.*

San Blas primero de Diciembre de mil ochocientos diez.—*José de Lavayen.*—*Mateo Plowes.*—*Agustín Vocalán.*—*Jose García.*—*Francisco Ruiz.*—*José Monzon.*—*Francisco de Paula Martínez.*—

Marcelo Eroquiér.—*José María Narvaez.*—*Francisco Cañizares.*—*Juan Martínez y Zayas.*—*Felipe García.*—*Ramon de Orozco.*—*Francisco de Labastida.*—*Miguel Gil de Azcona.*—*Juan Gil.*—*Francisco Miguar.*—*Manuel Torres.*—*Agustín Romero.*—*José de Inzuela.*”

El día 30 á la madrugada recibió Mercado de Hidalgo el nombramiento de Comandante en jefe de las fuerzas del Poniente que con fecha 27 de Noviembre le expidió en Guadalajara, nombramiento que celebró con salvas de artillería, cuyos disparos fueron los únicos que oyeron los realistas en San Blas.

Parece increíble, y sólo la audacia de aquel caudillo pudo hacer que en su poder cayera un puerto que estaba perfectamente fortificado y con toda clase de elementos de guerra. La posición y situación que entónces guardaba aquella localidad, están perfectamente descritas en un informe que dió á Calleja D. Vicente Garro, Administrador de Correos y testigo presencial, que dice así:

“Un terreno que domina el único punto por donde puede ser atacado por tierra, una proporción para aislarle con facilidad por la comunicacion de los esteros, un castillo respetable con doce cañones de á 24, que defiende el puerto y puede también arruinar la villa; cuatro baterías en ella y en la mar una fragata, dos bergantines, una goletta y

dos lanchas cañoneras; la segura esperanza de que diese fondo de un día á otro la fragata "Princesa" y la goletta particular "San José" con harinas; seiscientas ó setecientas cargas de estas existentes en la plaza; igual número con corta diferencia de arrobas de queso; más de mil fanegas de maiz; de ciento cincuenta á doscientas reses, y facilidad de traer por mar de Las Bocas, Guaymas y Mazatlan, la carne, harina y reales necesarios; abundantes pozos de agua en el recinto de la villa; trescientos hombres de marinería, doscientos de maestranza y más de trescientos europeos armados y dispuestos como aquellos á defenderse; ciento y tantas piezas de artillería de todos calibres y montadas cuarenta de ellas con sus correspondientes municiones y ocho ó nueve oficiales de marina; este era el verdadero estado en que se hallaba la plaza de San Blas en 1.º de Diciembre de 1810, cuando sin haber disparado un tiro para su defensa, se rindió vergonzosamente á unas muy malas y pocas escopetas, hondas, lanzas y flechas manejadas muchas de ellas por ancianos y muchachos de escuela, como todos vieron cuando entró el desordenado y no crecido ejército sitiador con seis cañones de corto calibre que tomó en Tepic." (Bustamante. Cuadro Histórico, tom. 1.º pag. 124; Alaman Hist. de México, tom. II pag. 11.)

El estado de indisciplina y de debilidad de las

tropas insurgentes era tal, que todavía un mes después de la ocupación de S. Blas, y por consiguiente cuando ya contaban con mayores recursos y elementos de guerra, las fuerzas que se hallaban en Tepic al mando de D. José Mercado, padre del Cura, se encontraban sin mas armas que unas cuantas lanzas, y como circulaban falsas noticias de que iban á ser atacados por los realistas, en una carta que le escribía á su hijo el 2 de Enero, le decía las siguientes frases que por sí solas pintan la situación de aquel ejército: "Si no llegan los cañones que tengo pedidos y el enemigo se aproxima pondré el Ejército que tengo sobre las Armas y saldremos *haver si por un efecto de milagro los podemos rendir pero es temeridad querer contra restar con puras lanzas á las balas y flechas, por lo que me parece que bamos sumamente arriesgados, piénsalo bien y dispon lo que mejor te parezca.*"

Tan luego como se restableció el régimen colonial en la provincia, se aprehendió por orden del Gral. Cruz á Lavayen y á sus compañeros que habían celebrado la capitulación, sometiéndolos á un riguroso proceso, que terminó por sentencia absoluta dictada el 18 de Setiembre de 1812, en la que solo á D. A. Bocalán se mandó dar licencia absoluta.

Cumpliendo Mercado lo ofrecido en la capitulación, dió las garantías que se le habían pedido;

mas faltando los capitulados á su palabra de honor empeñada, comenzaron por emigrar mas de las dos terceras partes de los europeos sin llenar los requisitos estipulados, y aun llevándose los caudales de la Real Administración, y mantuvieron relaciones con algunos realistas dándoles noticias de las fuerzas independientes, lo que habiendo llegado al conocimiento del jefe insurgente, provocò un bando en que excluía de la capitulación á los emigrados y una amonestacion para que guardaran lo pactado.

No diò resultado aquella amenaza, así es que obligado Mercado por la conducta obstinada de los españoles, de que se persuadiò por haberles interceptado cartas dirigidas á Calleja, por una circular de 20 de Diciembre dispuso que los comprendidos en la capitulacion salieran para Compostela como lo habían solicitado y los demás españoles exceptuados de ella por el bando referido, fueran llevados á Guadalajara, segun se lo habia mandado Hidalgo.

Entre tanto, ignorando los sucesos de S. Blas, llegó á aquel puerto la fragata española "Princesa," y siendo de improviso rodeada por lanchas, fueron hechos prisioneros su comandante D. Gaspar de Maguna, Alféres de Fragata, el Piloto D. José Verdía, (bisabuelo del que estas líneas escribe, quien se fugó en Tepic al ser conducido á Guadalajara) y toda la tripulación.

Desde luego que el valiente patriota ocupó el puerto, empezó á mandarle á Hidalgo artillería y municiones cumpliendo con las órdenes que le había comunicado D. José Antonio Torres. Solo quien conozca el camino de S. Blas á Guadalajara podrá comprender los heroicos esfuerzos que para eso se hicieron, pues además de la aspereza del camino, hay que atravesar las profundas é intransitables barrancas de Mochitiltic. Los cañones los mandaba en carretas, conducidas por los indios que en considerable número y guiados por el Capitan D. Rafael Maldonado, allanaron obstáculos tan considerables, puestos por la misma naturaleza. En diversas partidas remitió hasta cuarenta y tres cañones de bronce, de distintos calibres, fundidos en Sevilla y en Manila y que le fueron quitados á Hidalgo en la batalla de Calderon. La última remesa de cañones consistió en cuatro de fierro, de los que, cada uno pesaba 75 quintales, (segun un parte del general Cruz) y de un muy grueso calibre. Iban en Mochitiltic cuando supo el jefe que los conducía la derrota del cura de Dolores por Calleja y entónces mandó precipitarlos á la barranca, considerando que ya eran infructuosos sus asíduos y penosos trabajos.

El General Cruz, para atacar la isla de Mescala, sacó de allí tres de ellos, costándole esto muchísimo trabajo y dinero, y todavía hoy está el cuarto